

peligrosísima retórica. Discutiendo con Calvino ha individualizado en el racionalismo laico el instrumento del nuevo poder. Su politización, innegable, está cargada de los humores más diversos y más indisciplinados: su aversión al capitalismo es fisiológica, su guerra contra la sociedad actual está hecha en nombre de la Belleza, de la Cultura, del Pasado, de la Irreductible Diversidad de los Individuos, de la Sacralidad de la Vida. Todas estas cosas por las que el comunismo –en el poder o en la oposición– se ha interesado muy poco, debes admitirlo.

**A. G. M.:** La protesta visceral de Pasolini contra la ceguera del pueblo y las instituciones italianas ante la destrucción cultural de los años sesenta y setenta adopta una forma poético-social. Pasolini es sobre todo un poeta (para muchos el más importante de la literatura contemporánea italiana), y nos habla de los peligros (hoy más visibles que nunca) de la fe en el progreso moderno a través de magníficas metáforas, de premonitorias alegorías (como la de del cuervo ideológico de *Pajarracos*, cuya muerte simbolizaba la necesidad de recuperar el desgastado impulso de la Resistencia con un nuevo marxismo «abierto a todos los sincretismos posibles»), de una aproximación innovadora al lenguaje de las cosas y de los cuerpos (que como muchas cosas no bien entendidas en su momento, supone una verdadera aportación). En suma, nos empuja hacia la autosuficiencia imaginativa en contraposición consciente a la manipulación masiva de contenidos de conciencia de los audiovisuales, punta de lanza de nuestro modelo de desarrollo industrial. Gracias a eso Pasolini nos parece hoy tan actual. Justamente eso es lo que Calvino (*Seis propuestas para el próximo milenio*) o Sciascia (*El caso Aldo Moro*), dos de sus interlocutores de izquierda, han reivindicado desde posiciones fuertemente implicadas con los cambios históricos. En el cine de poesía de Pasolini, pongamos en *Medea* o en *Las mil y una noches*, hay una utilización consciente y problemática de las culturas primitivas (lo «bello», en cuanto no prostiuido) como algo en estridente oposición con los cuerpos maleados uniformemente por la sociedad de los audiovisuales (lo «feo», por inauténtico): un choque inconciliable, «predialéctico», en que lo irracional y mágico se nos ofrece como un modo de montarnos en valores distintos a los del desarrollo industrial para ver más allá de él.

**F. L.:** De manera muy justa, Antonio, dices que la protesta de Pasolini es «poético-social». Esto me lleva a los «movimientos» de esta misma

protesta. No tanto una visión dialéctica de la historia o el análisis «científico» del concepto de explotación cuanto la convicción que la burguesía produce *irrealidad*, como bien sabía la querida amiga Elsa Morante (en *Il mondo salvato dai ragazzini*, manifiesto ético-político, cuando se describen los P. F. –Pocos Felices– leemos: «incluso cuando sean vulgarmente entendidos como brutos / en realidad, son bellos; pero la realidad, / es poco visible a la gente») mientras la poesía es un modo para aferrar, a través del artificio del lenguaje, la evidencia (enceguecedora) de la realidad. La burguesía es una enfermedad, y su autoengaño nace por creer que cualquier cosa se puede poseer (objetos, personas, afectos, la vida misma...). El progreso es combatido por Pasolini porque «embrutece» los cuerpos, uniformándolos, y así contrapone al Desarrollo Industrial, como tú escribes, lo mágico y lo irracional de las culturas primitivas.

Veo, en resumen, que buena parte de nuestra discusión gira en torno a la candente cuestión del comunismo. Y es justo que sea así, porque el comunismo ha sido la «figura» que en Occidente, en nuestros respectivos países y por un largo período, ha asumido las mejores esperanzas y las más nobles utopías de la gente, no sólo de los oprimidos, sino de todos... Solamente creo que, como dijo Carlo Rosselli ya en los años treinta, el asunto no solamente es estar a favor o en contra de Marx, sino liberarse. Incluso hoy está naciendo en Italia, en parte, una nueva política, más próxima a su dimensión cívica (¡que puede ser destructiva!), una política entendida como «relación», como autoeducación, como experiencia vivida, como utopía concreta, como propuesta y práctica de estilos de vida diversos, etc, distante años-luz del marxismo de Toni Negri, enceguecidos por la Política Planetaria, la idolatría de la Historia, y la obsesión de ser triunfadores. Justamente creo que el Pasolini más «social» se encuentra en las antípodas de todo esto. ¿Hoy en día en nombre de qué podemos batirnos contra este desarrollo o esta globalización? ¿En nombre de una ideología? ¿En nombre del pasado y su belleza? ¿En nombre de la tradición y de sus promesas incumplidas? ¿En nombre de la verdad del ser humano? ¿En nombre de la democracia? Todas son hipótesis plausibles. Pero en un cierto sentido Pasolini nos sugiere hacerlo en nombre de la realidad. Pasolini me ha enseñado, sobre todo, a comprender bien qué cosa es real y qué cosa es irreal, que es real el presente concreto vivido por las personas, mientras que es irreal cualquier alusión al futuro o a utopías luminosas (en un verso de *Trashumanar y organizar* escribe que si no se tuviera idea del mañana tampoco se tendría la idea del poder). Es real la vida cotidiana, el horizonte limitado de

las personas, y en cambio es irreal la Historia, donde siempre estamos perdidos y agitados (como sabía Tolstoi). La moderación para él siempre está ligada al hecho de no poseer, a no pertenecer a nada, como ocurre con el personaje de Karl, el alter ego del protagonista de *Petróleo*. Me gusta recordar un magnífico elogio de la moderación que hizo en una ocasión Norberto Bobbio, recientemente desaparecido: para el filósofo turinés –vinculado a la tradición liberal-socialista–, es moderado, humano, *quien deja ser al otro lo que es*, es decir, no quiere combatirlo ni mejorarlo o modificarlo por la fuerza). La moderación no es una virtud señorial ni «política». Pasolini está atraído por las personas moderadas, por los humildes privados de cualquier autoridad social, que ignoran que tienen derechos y que tienen un universo propio rico de mitos, valores, relaciones, etc. En el discutido poema dirigido a los jóvenes del 68, definidos no gratuitamente como «prepotentes», les hace notar que están siempre obsesionados por el poder, por el ansia de llegar al poder. Tomemos el famoso discurso de Nanni Moretti en Plaza Navona, violentamente polémico contra la inercia de nuestra izquierda. Por cierto, discurso benemérito en muchos aspectos. Pero esa frase suya «¡Con estos dirigentes no venceremos nunca!», que se ha vuelto popular, estampada en *T-shirts*–, bien, tiene un acento sobre el triunfo, precisamente sobre la obtención del poder, que hipnotizó a aquel público, indudablemente democrático pero muy poco «moderado», en el sentido pasoliniano.

**A. G. M.:** Pasolini siempre juega con la dualidad entre lo cognoscible y lo fantástico en cuanto partes de una misma realidad de los seres humanos, y esto lo utiliza para oponerse a la univocidad del progreso tecnocientífico en un contexto de homologación cultural creciente. De ahí la provocadora poeticidad que envuelve toda su obra, incluso la más «científica» de los ensayos reunidos en *Empirismo Herético*. En una bella analogía con la Atenas del s. IV a.C. –la que combinó sabiamente mito y realidad para hacer explícita la naturaleza humana, y por lo tanto susceptible de error y rectificación, de la toma democrática de decisiones–, Pasolini llamó «atenienses» a la generación de italianos de la instauración republicana a la que se debe la Constitución y las leyes sociales más avanzadas de Europa. Después, en el 68, llegaron los «lacedemonios», una masa juvenil que simbolizó la gran ruptura con la tradición de la oposición racional, de la lucha sostenida sin victorias, de la memoria. Este intenso proceso de desarraigo con el pasado (o con todo lo que se asocia con un mundo de bienes escasos) y

encapsulamiento individualista llega al punto de que hasta los métodos innovadores del 68 deben ser ahora reinventados por quienes combaten el momento de excepcionalidad histórica en que nos encontramos y tratan de cambiar las cosas sobre bases (necesariamente) distintas a las del pasado. Como esto no puede partir de la nada, muchos jóvenes de los nuevos movimientos sociales viven como una gran ausencia la falta de saberes organizativos motivada por la desconexión con las generaciones forjadas en luchas sociales anteriores.

Pasolini entronca con Gramsci, que reclamó antes que él la necesidad de tomar en serio la civilización arcaica, y no con la tradición liberal-reformista significada en Bobbio, que sostiene una noción clásica de «tolerancia» a la que Pasolini (como el Cocteau del *Libro blanco*) se enfrentó radicalmente porque deja intacta la raíz cultural generadora de las diversas formas de racismo. La democratización de nuestro mundo, en la que tantas personas están implicadas, requiere por un lado de una comprensión no meramente distante de lo que sucede «fuera» del Palacio, del poder empresarial actual para delimitar los ámbitos más personales de la vida, y por otro lado del sostenimiento de una voluntad colectiva transformadora (los dos polos complementarios de la intervención política). No es casual que el discurso de Moretti, que conoce muy bien esto después de su fecunda reflexión sobre la experiencia histórica reciente, se produzca en una plaza, en el corazón de Roma. Si Moretti dedicó un bellissimo homenaje a Pasolini en *Caro diario*, que se desarrolla por las calles desiertas de Roma en un mes de agosto, es porque comparte con él la tensión por comprender, por ahondar en las propias razones desde fuera del Palacio. La Historia es la que nos ha hecho como somos, por lo que nunca es irreal. Lo irreal es este presente deshistorizado que nos mueve a recluirnos en nuestro propio espacio individual y que nos empuja sin término medio hacia el éxito o el fracaso, dejándonos sin otro horizonte vital que el presente, como si éste fuera eterno. Probablemente, la perspectiva de cambio pase por un movimiento de movimientos, y no por la fórmula del partido político. Pero de lo que estoy convencido es que la experiencia histórica, con sus luces y sus sombras, debe servir de pauta a la hora de enfrentarse cultural y prácticamente al actual modelo de desarrollo sin progreso.

Traducción de Leonardo Valencia

Dípticos mexicanos  
Teotihuacan/ Zócalo (Puerto Vallarta)

